De Profundis

Oscar Wilde

Antes que Él ya existían dioses y hombres. Y Él, sintiendo que en Él se habían hecho carne, gustaba de llamarse unas veces el Hijo de Dios y otras el Hijo del Hombre. Más que ningún otro en la historia, despierta en nosotros esa inclinación hacia lo maravilloso a que siempre se halla dispuesto el romanticismo.

Es para mí todavía algo increíble eso de que un joven campesino galileo se imagine que pueda llevar sobre sus hombros todo el peso del mundo: el peso de cuanto hasta entonces se había hecho y sufrido, y de cuanto se tendría que hacer y sufrir: los pecados de Nerón, de César Borgia, de Alejandro VI, del que fue emperador de Roma y sacerdote del sol; los sufrimientos de todos aquéllos, cuyo número es legión, que yacen entre ruinas; de los pueblos oprimidos, de los niños de las fábricas, de los ladrones, de los presidiarios, de los desheredados y de aquéllos que se hallan sojuzgados y cuyo silencio solo Dios puede oír.

Y no solo llega a imaginárselo, sino que efectivamente lo realiza; así es que aún hoy en día todos los que entran en contacto con Él, aunque no se postren ante sus altares, ni se arrodillen ante sus sacerdotes, tienen en cierto modo la impresión de que se les borra la fealdad de sus pecados y se les revela la belleza de sus sufrimientos.

Uno se representa siempre a Cristo como un cantor que quisiera levantar con su música los muros de la Ciudad de Dios; como un amante para cuyo amor el mundo todo es demasiado pequeño. Sus milagros parécenme encantadores, cual la llegada de la primavera, y no menos naturales.

No me es difícil creer en un encanto tal de su persona, que su sola presencia bastase para inundar las almas de paz, y para que los que tocaban sus vestiduras se olvidasen de todos sus dolores. O para que, al pasar Él por el camino real de la vida, gentes para quienes hasta entonces había permanecido secreto el misterio de la existencia abriesen los ojos a la luz, y para que aquéllos que cerraban sus oídos a toda voz que no fuese la del placer comprendiesen por primera vez la voz del amor, o para que, a su llegada, huyesen todas las malas pasiones, y los hombres, cuya vida sórdida y hermética era como una forma de muerte, se alzaran, como quien dice, de sus tumbas al llamarlos Él. Había perdido mi nombre, mi posición, mi felicidad, mi libertad, mi fortuna.

Era un recluso, y era un pobre, pero me quedaba mi bien más preciado: mis hijos. Y de pronto la ley me los arrebata. Fue tan terrible el golpe que quedé como aturdido. Me puse de rodillas, incliné la cabeza, lloré y dije: “El cuerpo de un niño es como el cuerpo del Señor; ya no soy digno de ninguno de ellos”.

Y ese momento fue sin duda el que me salvó. En ese momento comprendí que solo me cumplía aceptarlo todo. Y desde entonces —por extraño que esto parezca— soy feliz, pues he llegado hasta lo más hondo de la esencia de mi alma. Había mostrado ser su enemigo en muchos respectos, y la encontré esperándome como un amigo. Al entrar en contacto con su alma, uno se vuelve sencillo como un niño, y esto es lo que uno ha de ser, según las palabras de Cristo (p. 133).
Es verdaderamente trágico pensar cuán pocos son los hombres que se hallan en posesión de su alma antes de la muerte. Piensan con las ideas de otros; su vida es una parodia, y sus pasiones son remembranzas.

Cristo… es verdad que tuvo piedad de los pobres, de los presos, de los míseros y de los humildes, pero tuvo todavía más piedad de los ricos, de los hedonistas, de los que sacrifican su libertad y se convierten en esclavos de las cosas, de los que llevan vestiduras finísimas y viven en palacios dignos de reyes. La opulencia y el placer le parecieron tragedias mayores que la pobreza y el dolor (p. 135).